

CALCULANDO LOS GASTOS

Objetivo: Ver que Cristo quiere que se le siga sólo después de calcular los gastos.

LA PARABOLA DE LA TORRE



“Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lucas 14:28-30).

LA PARABOLA DEL REY



“¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:31-33).

La señal de un gran líder es el expresar claramente las condiciones que tienen que aceptar los que le sigan. Jesús de Galilea era un líder de esa clase. Grandes multitudes le habían estado siguiendo; mucha gente se emocionaba con él. Algunos pensaban que por ser el Mesías, haría salir del país a las hordas romanas. Otros se fascinaban por sus enseñanzas extrañas y sus obras poderosas. Otros simplemente eran curiosos. A esa muchedumbre abigarrada que aparentemente sólo quería volver de todo aquello un gran juego, Jesús dijo: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26,27). Apiñarse tras de Jesús no significaba ser su discípulo, y él con su severo lenguaje aclara esa equivocación.

Para explicar aún más lo que quería decir, escogió dos ilustraciones. La primera ilustración es la de un hombre que deseaba construir una torre. La torre probablemente era la torre de una viña bien mantenida para guardarla contra aquéllos que quisieran despojarla durante la cosecha (vea Mateo 21:33). Antes de que un hombre construyera una torre, ¿no se sentaría a calcular exactamente lo que costaría? De otra manera, al

empezar a edificarla, y no poder acabarla, sería el hazmerreír de todos los que le vieran. Jesús, como carpintero, sin duda había visto a muchos hombres que habían empezado a construir, pero que gastaron todos los fondos antes de terminar el trabajo. La otra ilustración es la de un rey que pensaba ir a la guerra. Antes de meterse en el conflicto, calcula las probabilidades y los riesgos posibles. ¿Podrá defenderse contra veinte mil con sus diez mil? ¿Estarán sus propios soldados bien entrenados? ¿Podrá sacar ventaja, de alguna manera, mediante un elemento de sorpresa? Si no pudiera ir a la guerra, entonces tendría que mandar una delegación a pedir la paz.

EL ODIO QUE DEMANDA JESUS

Antes de mirar más de cerca estas parábolas gemelas, es necesario explorar, más a fondo, la clase de odio que demanda Jesús. Una explicación fácil y casi universal es que Jesús no quería que entendiéramos sus palabras literalmente, pues en realidad, no quiso decir “aborrecer” sino “amar menos.” Pero esta interpretación, junto con otras interpretaciones semejantes acerca de sus fuertes declaraciones, corren el riesgo de des agudizar el mandamiento de Jesús. ¿Qué quería decir Jesús cuando dijo que debemos aborrecer a nuestros padres y madres y hermanos y hermanas? En cuanto a esta paradoja de aborrecer a otros, debemos anotar algunos puntos.

1. El corazón de las enseñanzas de Jesús hacía imposible que sus discípulos entendieran estas palabras en sentido literal. Jesús no buscaba destruir las tiernas relaciones de la amistad humana y del amor. En vez de odiar a sus amigos, exigió de sus seguidores amar aun a sus enemigos (vea Mateo 5:43-48). Les enseñó que debían honrar a sus padres; y condenó las tradiciones farisaicas que pasaban por alto este solemne deber (vea Marcos 7:9-13). El mismo, cuando estaba en la cruz, encomendó el cuidado de su madre a un amigo de confianza (vea Juan 19:26,27). Habló en contra del enojo y del odio al hermano, y dijo que éstas eran formas de matar (vea Mateo 5:21-26). A los niños pequeños abrazó y bendijo (Marcos 10:13-16). Sus enseñanzas y el contexto entero de su vida manifestaron claramente que los hombres debían amarse.
2. La palabra “aborrecer” no se debe interpretar como si significara que debemos amar a nuestros familiares y amigos con un amor disminuido. Esto sería contrario al alma misma del cristianismo. A los esposos se les manda a amar a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia (vea Efesios 5:25). Se espera que los cristianos cultiven un “amor fraternal no fingido,” y que se amen “unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1ª Pedro 1:22). Es verdad que podemos amar muy poco al Señor; pero no podemos amar a cualquier

ser humano demasiado. Y nunca amaremos más al Señor por amar menos a nuestros amigos humanos.

3. Las palabras “y aun también su propia vida” dan la clave del problema. Un discípulo debe aborrecer a sus familiares y amigos de la misma manera que se aborrece a sí mismo. ¿En qué sentido debe aborrecerse a sí? Tiene que aborrecer todo lo que esté en sí mismo que resulte bajo o vil; todo lo que sea egoísta o avaro, todo lo que le aleje de Cristo y le robe de su propio ser los valores verdaderos. De la misma manera tiene que aborrecer a sus familiares y amigos. Debe amarlos como se ama a sí mismo, y tiene que aborrecerlos como se aborrece a sí mismo. Lo que en ellos es puro y recto es de amar; lo que es inmundo e inmoderado es de odiar. Y si los amigos de uno llegan a interponerse entre uno y el Señor, si hay que escoger entre las afecciones naturales y la devoción a Cristo, entonces los discípulos verdaderos tienen que estar listos a tratar a sus amigos más queridos como enemigos odiados.

EL DESAFIO DE CRISTO

Si las condiciones estrictas de Jesús, del discipulado, son consideradas como impedimentos al entusiasmo superficial, también se las puede considerar como desafíos a aquéllos, cuya ambición es la de vivir una vida activa y vigorosa. Jesús era un hombre franco e intransigente. No hizo como muchos de los que alistan reclutas para el ejército, de esconder lo difícil y peligroso para que los hombres se alisten en su servicio. No quería que alguien le siguiera bajo ilusiones falsas. Los hombres tendrían que enfrentarse con su deber, o no seguirle.

De esta manera, Jesús enseñó que los hombres tienen que calcular los gastos si desean ser sus discípulos. Esta es la lección de las parábolas del edificador imprudente y del rey incauto. Un hombre sería tonto al edificar una torre sin estimar los costos; y un rey sería necio al entrar en guerra sin tomar en cuenta los riesgos necesarios. Un hombre que desea seguir a Cristo, igualmente tiene que ver de antemano la lucha dura y penosa que le espera, y estar listo a hacer los sacrificios precisos sea lo que fuere el costo. Antes de empezar la vida cristiana, un hombre debe hacerse algunas preguntas.

1. ¿Estoy dispuesto a negarme a mí mismo? Al empezar un hombre el camino cristiano, se pone fin a sí mismo. Negarse a sí es la primera condición del discipulado. “Si alguno quiere venir en pos de mí,” dijo Jesús, “niéguese a sí mismo...” (Mateo 16:24). Al decir esto, Jesús no denotó una negación temporal de sí, ni el sacrificio de ciertos placeres, por una semana o dos, para apoyar alguna causa buena. Negarse a sí es el ya no vivir para agradarse a sí mismo. El Apóstol Pablo escribió que había sido crucificado con Cristo (vea Gálatas

2:20). Se había matado a sí mismo. Había clavado sus pasiones y deseos en la cruz. Esto es lo que mandó hacer a los cristianos de Colosas (Colosenses 3:5 y seguidos). Esto es precisamente lo que todos los hombres que verdaderamente le buscan deben hacer. Y es un tratamiento amargo el que se requiere. C.S. Lewis en su modo inimitable lo ha expresado así: “La senda cristiana es distinta...Cristo dice: ‘Dame todo. No quiero tanto de tu tiempo ni tanto de tu plata ni tanto de tu trabajo: te quiero a ti. No he venido a atormentar tu ser natural, sino a matarlo. Ninguna medida de a medias vale. No quiero cortar una rama aquí y otra rama allá, quiero cortar todo el árbol. No quiero taladrar la muela, ni coronarla ni tratarla, sino extraerla. Entrega todo el ser natural, todos los deseos que consideras inocentes como a los que consideras malvados —el equipo entero. Yo te daré otro ser. En realidad, te daré a mi mismo: lo mío será tuyo.’” Eso es lo que requiere Jesús. Negarse a sí mismo es decir no al ser de uno en todo momento y en toda forma, y decir sí a Jesucristo.

2. ¿Estoy dispuesto a conformarme con sus enseñanzas? Antes de comenzar en la senda cristiana un hombre debe preguntarse si está dispuesto a vivir según las enseñanzas de Jesús. Junto con esto uno tiene que asegurarse de que está decidido en cuanto a las proclamaciones de Jesús. El galileo, después de todo, hizo unas proclamaciones extraordinarias. Nació para ser rey (Mateo 2:2) y dijo a Pilato que era rey (Juan 18:36). Profesó ser el Cristo, el Mesías predicho en el Antiguo Testamento (Marcos 14:61, 62; Juan 4:25,26). Dijo que era la Luz del Mundo (Juan 8:12); el que podía proveer el Agua Viva (Juan 4:10); el Pan de la Vida (Juan 6:35); el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14:6). En fin, proclamé ser el Salvador del mundo. Estas eran proclamaciones absurdas aun en esa época. Cualquier hombre haría bien al repasar estas proclamaciones una vez más y, en esta edad actual, de duda, quedar convencido hasta el fondo de su corazón que estas proclamaciones son inequívocamente verdaderas.

Nuestra entrega a Jesús implica vivir por sus enseñanzas. El discipulado verdadero “permanece” en las palabras de Cristo (Juan 8:31). Esta es una parte vital del costo que tiene que ser contado. Es como si Jesús estuviera diciendo a las multitudes de sus supuestos seguidores: “Dices que quieres seguirme, pero ¿estás dispuesto a hacer lo que yo digo? ¿Estás dispuesto a ser guiado únicamente por mis enseñanzas? En vez de ojo por ojo y diente por diente, ¿estás preparado para dar la otra mejilla e ir más allá de lo que de ti se espera? ¿Amarás a los que te odian? Cuando te persigan los hombres, ¿orarás por ellos? ¿Estás listo a cambiar los tesoros terrenales por los tesoros celestiales? Sin reservaciones ni compromisos, ¿estás verdaderamente dispuesto a poner mi reino en primer lugar?” Estas son

algunas de las preguntas imponentes que Cristo hace a todo hombre. Son las preguntas que zarandean las multitudes. Son las preguntas que prueban a las almas de los hombres. El patrón de la vida cristiana queda completamente manifiesto en el Sermón del Monte. Antes de que un hombre se llame discípulo, tiene que llegar a una decisión definitiva y afirmativa acerca de ese patrón.

3. ¿Estoy dispuesto a seguirle hasta el fin? Hay mucha gente que está ansiosa de seguir a Jesús mientras que el camino sea fácil y agradable; pero cuando empieza a hacerse difícil y se estira a lo largo, renuncian a todo. La parábola de la torre presenta ésta como una posibilidad real para todo cristiano. Muchos cristianos, como el edificador imprudente, comienzan como salida en chorro repentino pero nunca acaban. Cometan grave error al pensar que la carrera del cristiano es de poca distancia. La vida no es una carrera corta y rápida. Es más bien un maratón, y el peligro nos asecha aún en la última vuelta. Bunyan, en su Progreso del Peregrino, cuenta de un hombre que cumplió con éxito la jornada arriesgada para arriba pero que después fue rechazado de la Ciudad Celestial. 2 Esto, para Bunyan, era señal que había un camino al infierno aun desde las puertas del cielo. La senda cristiana dura hasta el final de la jornada, y no es sino hasta que un hombre llega a conocer algo del trabajo y de la longitud de esa senda que ha contado el costo completo.

RECONOCIENDO LOS HECHOS

Es bueno ser franco consigo mismo en todas las facetas de nuestra vida y hacerle frente a los problemas. Si un hombre quiere dedicarse al servicio de otros practicando medicina, habrá de negarse los placeres que para otros son de rutina. Si no está preparado para ello de antemano, probará ser un doctor eminentemente triste y sin éxito. Si un hombre desea ser erudito, primero tiene que comprender que el camino es duro, que requiere una autodisciplina rigurosa y años de estudiar solo en la noche. Un joven puede tener la esperanza de ser un atleta, puede imaginar numerosos premios de victoria, pero al no estar dispuesto a pagar el precio de la excelencia, ningún honor jamás le será presentado. Jesús en estas parábolas no intenta hacer menos nuestro entusiasmo, pero está diciendo que los hechos duros de la senda cristiana tienen que ser enfrentados o el entusiasmo fervoroso terminará en un desánimo frío. Tampoco él quiere decir, en estas parábolas, que es mejor no comenzar que comenzar y fracasar. Sí quiere decir, sin embargo, que es mejor no empezar que empezar con el sonido de trompetas y la mirada de fascinación que invitan al desastre. No hay ningún desafío que se compare con la vida cristiana, y no hay emoción que sobrepase la emoción de la senda cristiana; pero morir con él y llevar su cruz no es fácil. Tenemos que abandonar todo, y más que nada, tenemos que abandonarnos a nosotros mismos.

NOTAS:

- 1- C.S. Lewis, Mere Christianity (Londres: Fontana Books, 1955), pp. 163, 64.
- 2- John Bunyan, The Pilgrim's Progress, ed. Louis L. Martz (New York: Rinehart and Co.), p. 168.

PREGUNTAS

1. ¿Qué "dicho riguroso" hace a Jesús previamente hablar de las parábolas de la torre y del rey? Apuntar algunas interpretaciones posibles de este dicho. ¿En su opinión qué significa?
2. ¿Cuál es la lección principal de las parábolas de la torre y del rey? ¿Cree que nos hemos descuidado de dar suficiente atención a estas parábolas?
3. ¿Cuáles son algunas de las cuestiones que un individuo debe preguntarse antes de hacerse cristiano? ¿Cuales son algunas preguntas que un individuo debe hacerse después de llegar a ser cristiano?
4. Leer y discutir pasajes seleccionados sobre el principio de negarse a sí mismo. Se ha dicho que los cristianos de hoy apenas practican el sacrificio. ¿Qué opina Ud.? ¿Hay una diferencia entre sacrificio y negarse?
5. Bunyan aprendió que hay un camino al infierno aun cerca de las puertas del cielo. ¿Qué lecciones podemos aprender de esto?
6. ¿Cuál es el empeño total?